

Hernán Elizondo Arce

La ventana

¿Leyes?

Siempre desconfié de las leyes; tal vez mejor: no de las leyes sino de aquellos encargados de aplicarlas.

Chiquillo, ví rodar abatidos por el hacha, los árboles, enormes, a la vera de un río que protestaba a torrentes.

Uno tras otro caían los viejos espabeles, los nísperos rugosos, los ceibas centenarios. Y entre las nieblas de la humedad en fuga, el grito de los congos y el desconcierto de los pájaros, aquel caudal —antao turbulento— se fue angostando año con año hasta convertir su agonía en un remedo de riachuelo.

Alguien, —no recuerdo quién—, decía que en un código, —no recuerdo cuál—, estaba escrito que era prohibido talar árboles a la orilla de los ríos...

Ya adolescente, amigo de los caminos y cazador de paisajes, vagué por la pampa inmensa junto al rancho y el desamparo. Era verano y los jaraguales se retorcián en llamas, los troncos encendidos eran ascuas gigantes-

cas y las chispas colocaban flecos de luz en la noche. Para el poeta empedernido, la visión de aquel llano en llamaradas, era un espectáculo sublime que tenía mucho de dantesco; pero para el filósofo siamés que iba metido en su misma carne, aquello era un suicidio colectivo, una aberración monstruosa, un asesinato a manzalba de la feracidad de las tierras.

En alguna Gaceta vieja, precedida de considerandos elocuentes, y con un "publique" y un "ejecútese" había algo de lo que Campaamor hubiera escrito una humorada: "Quedan prohibidas las quemas".

Esta noche, con medio siglo ya cargado a las espaldas, miro las gentes de este bus que se desliza por la pista. Ruta: San José-Puntarenas. Hora: las diez y quince de la noche. Vamos frente al Aeropuerto.

Tiendo mirada y oídos. Dos universitarios jóvenes se entretienen con temas del momento: 'Cassius Clay, la Selección de Fútbol, Daniel

Oduber, las Grandes Ligas, Decamerón Erótico, Portugal, Corronguísimo, Patricia Hearst, Julieta la de Agronomía...

Más atrás una mezcla heterogénea y locuaz: caballeros, señoras, señoritas, y algunos más que no son ninguna de las tres cosas...

De pronto, el humo va llenando el edificio rodante.

Los cigarros encendidos, —recuerdo aquí el anuncio del hombre internacional— se mueven diminutos en un ballet de nicotina. Una tos seca me indica que a algún usuario infortunado le están destrozando los pulmones.

Miro al chofer: va fumando.

Miro al cobrador: va fumando.

Miro a dieciséis pasajeros: van fumando.

Y enfrente de nosotros, a la derecha del conductor, en un ángulo visible, un rótulo sarcástico, estúpido, cruel, el grito de una ley que a fuerza de ser violada se ha convertido en prostituta:

PROHIBIDO FUMAR